

# **CUENTOS PREMIADOS**

**Concurso Surgente 2024**



**CUENTO PREMIADOS**  
**Concurso Surgente 2024**  
3.<sup>a</sup> edición

Villarrica, 2024

Este libro es una publicación con fines exclusivos de difusión.  
El mismo puede compartirse por todos los medios lícitos.

CUENTO PREMIADOS

Concurso Surgente 2024

3.<sup>a</sup> edición

© **de esta edición**

Coopeduc Ltda.

Editorial Y

© **de los cuentos**

Los autores

Coopeduc Ltda.

(0541) 42521 - 41729

Humaitá y Mcal. Estigarribia N.º 702

Villarrica, Guairá

Editorial Y

+595 961 419246

bene.edicion@gmail.com

Asunción, Paraguay

## ÍNDICE

|                                      |    |
|--------------------------------------|----|
| <b>Presentación</b>                  | 5  |
| <b>¿Qué es Coopeduc Ltda.?</b>       | 6  |
| <b>Veredicto del jurado</b>          | 8  |
| <b>Acta de Coopeduc</b>              | 10 |
| PRIMER PREMIO · CATEGORÍA MAYORES    |    |
| <b>Fisura</b>                        |    |
| Kimberli Samaniego                   | 12 |
| SEGUNDO PREMIO · CATEGORÍA MAYORES   |    |
| <b>San Cerdote</b>                   |    |
| Alicia Riquelme                      | 18 |
| TERCER PREMIO · CATEGORÍA MAYORES    |    |
| <b>Noche de marzo</b>                |    |
| Patricia Lorena Cabañas Giménez      | 24 |
| MENCIÓN DE HONOR · CATEGORÍA MAYORES |    |
| <b>Algo teatral</b>                  |    |
| Krystyna Pisera Balmaceda            | 28 |
| MENCIÓN DE HONOR · CATEGORÍA MAYORES |    |
| <b>El dragón chino</b>               |    |
| Daniel Espinoza                      | 34 |

MENCIÓN DE HONOR · CATEGORÍA MAYORES

**Perder la cabeza**

Noelia Anahí Cuenca Santacruz 37

PRIMER PREMIO · CATEGORÍA MENORES

**Invierno**

Gissel Buenaventura Olmedo Meaurio 40

SEGUNDO PREMIO · CATEGORÍA MENORES

**Sueño sobre el puente**

Rodrigo Javier Centurión Vega 42

TERCER PREMIO · CATEGORÍA MENORES

**Rebeka**

Mahia Renata González Roman 45

**JURADOS**

51

## **Presentación**

En tiempos de crisis, las cooperativas han sabido responder con la aplicación de los centenarios principios del movimiento internacional en beneficio de sus socios y la sociedad en general.

Villarrica es una cuna del arte, la cultura y las tradiciones. Es la ciudad de poetas, cuentistas, novelistas, historiadores, pedagogos y otras personalidades y acontecimientos que marcaron hitos en la historia del Paraguay, como el nacimiento de la guaranía.

La ciudad mantiene su estirpe señorial, culta, hospitalaria, generosa y amable. También es orgullosa de su historia. Las más valoradas expresiones guaireñas son el arte y la cultura.

Interpretando y acompañando el sentimiento de la ciudadanía y los socios, Coopeduc ha sido una institución pionera en la promoción, la conservación y la difusión de las expresiones artísticas. En alianza con el Ministerio de Educación y Ciencias ha asumido el compromiso de apoyar a las academias de danza, guitarra, canto y lenguaje musical.

A partir de 2022, Coopeduc también se propuso fomentar la escritura y la lectura literarias de manera sostenida en el país, para animar y reconocer a los compatriotas que escriben, y para fomentar la literatura en particular y la cultura en general, indispensable para la formación de una ciudadanía consciente, crítica y participativa.

Con estos objetivos, desde Villarrica para el Paraguay, Coopeduc publica el libro digital con los cuentos premiados de la tercera edición del Concurso Surgente de Cuentos, un nombre representativo de nuestra cultura y de la literatura del Paraguay, en memoria de una de las obras entrañables del guaireño Manuel Ortiz Guerrero.

## **¿Qué es Coopeduc Ltda.?**

Hace un poco más de cinco décadas, un grupo de docentes visionarios y altruistas, impulsados por la filosofía de la solidaridad y la ayuda mutua, empezaron a echar las bases de una vida más digna para los educadores, entonces atrapados por la usura. Entre 1967 y 1972 se reunieron con personas experimentadas en el cooperativismo y formaron una asociación para buscar estrategias de salvamento con recursos propios.

Los aportes se materializaron a partir de abril de 1972. Se convocó a la primera asamblea el 4 de noviembre de 1972, con 136 docentes, constituyéndose de esa manera la Cooperativa de Ahorro y Crédito de Educadores del Guairá Ltda., convertida luego en Cooperativa Multiactiva de Ahorro y Créditos, Consumo, Producción y Servicios Coopeduc Ltda.

Hoy es una poderosa empresa, sólida, dinámica y confiable, con afán de mejorar continuamente para satisfacer las necesidades de sus socios. Se destaca por la solidaridad, el desarrollo de los recursos humanos y el compromiso para la sostenibilidad de los proyectos sociales, ambientales y culturales. Es líder del cooperativismo nacional.

Desde el inicio, Coopeduc ha hecho posible el desarrollo y el bienestar de sus socios con resultados altamente positivos. Mantiene una trayectoria límpida que ha conquistado la confianza de su membresía. Se ha vuelto una organización modelo de resistencia, capaz de sobresalir de las circunstancias adversas.

El Consejo de Administración está integrado por:

Presidenta: Lic. Mirna Lovatti de Aquino.

Vicepresidente: Prof. Abraham Vázquez.

Secretaria: Prof. Asención Toledo de López.

Tesorera: Lic. Graciela Escobar de Cabrera.

Pro Tesorera: Lic. Felipa Paniagua de Jorgge.

Vocal: Abogada Liliana Melgarejo de Betancourt.

Vocal: Prof. Basilio Antonio Fleitas.

Gerente General: Lic. Teodoro González López.

Gerente de Social: Lic. Alba Corvalán.

La coordinación del Concurso ha estado a cargo de la Mgtr. Hilda Cena de Silguero, Jefa del Departamento Social.

Los miembros del jurado han sido: Sebastian Ocampos (escritor y editor), Pura Cuyer Gómez (docente y escritora) y José Bueno Villafañe (narrador y crítico).

## **Veredicto del jurado del Concurso Surgente de Cuentos 2024**

A los 22 días del mes de octubre de 2024, siendo las 19:30, se reúnen virtualmente los miembros del jurado Sebastian Ocampos (escritor y editor, desde Asunción), Pura Cuyer Gómez (docente y escritora, desde Villarrica) y José Bueno Villafañe (narrador y crítico, desde Asunción) para deliberar sobre los cuentos finalistas entre los noventa y un cuentos concursantes en la Categoría Mayores y los veintidós cuentos concursantes en la Categoría Menores, conforme a las bases y condiciones del Concurso Surgente de Cuentos, edición del año 2024, organizado por Coopeduc.

Acabada las deliberaciones, el jurado resuelve otorgar por decisión consensuada, en la Categoría Mayores:

1. El primer premio al cuento «Fisura», firmado con el seudónimo de Yani Na, por contar una historia contemporánea de cuidado, de importancia del otro, en este periodo individualista, con lenguaje coloquial (acorde a la narradora y los personajes bien perfilados), sinceridad, humor y sobre todo sensibilidad.

2. El segundo premio al cuento «San Cerdote», firmado con el seudónimo de Selva Urbana, por narrar con precisa y sugerente síntesis una historia de abuso y una denuncia contra el patriarcado eclesial, la autoayuda y el periodismo sensacionalista que revictimiza a las personas.

3. El tercer premio al cuento «Noche de marzo», firmado con el seudónimo de Betricia, por contar una historia de violencia contra la mujer y conectarla con una crisis histórica de nuestro país, conjugando el caos, la angustia y la lucha por la libertad.

El jurado también resuelve reconocer con menciones de honor los siguientes cuentos de la Categoría Mayores para publicarlos en el libro del Concurso, sin orden de prelación:

«Algo teatral», firmado con el seudónimo de Theodore.

«El dragón chino», firmado con el seudónimo de Teseo.

«Perder la cabeza», firmado con el seudónimo de Saite.

En la Categoría Menores:

1. El primer premio al cuento «Invierno», firmado con el seudónimo de Aven, por narrar con sencillez y empatía los últimos días de un gato callejero, desde su perspectiva, confuso ante los tratos que recibe, cuando el invierno no solo es una estación sino el último periodo de la vida.

2. El segundo premio al cuento «Sueño sobre el puente», firmado con el seudónimo de Rochi, por narrar con prosa delicada la nostalgia de un país más simple, natural y comunitario, donde hay lugar para la esperanza.

3. El tercer premio al cuento «Rebeka», firmado con el seudónimo de Mahia Maia, por abordar de manera original el lado oscuro de la vida, donde el abandono, la drogadicción, la violencia y la muerte condicionan de forma irreparable la realidad y nos hacen susceptibles de convertirnos en los villanos de nuestra historia.

El jurado felicita a Coopeduc Ltda. por volver a organizar, por tercer año consecutivo, este importante Concurso de Cuentos, una necesaria inversión cultural para fomentar la lectura y la escritura tanto en el departamento del Guairá como en el resto del país, y agradece que haya confiado en su labor intelectual.

Sebastian Ocampos    Pura Cuyer Gómez    José Bueno Villafañe

## **Acta de Coopeduc**

En la ciudad de Villarrica del Espíritu Santo, República del Paraguay, a los TREINTA Y UN días del mes de OCTUBRE del año DOS MIL VEINTICUATRO. Ante nosotros: ALBA ELIZABETH CORVALÁN DE BOGADO, con cédula de identidad civil número 908.404, Gerente Social; HILDA CENA DE SILGUERO, con cédula de identidad civil número 951.569, Jefa del Departamento Social; y CLARA FRANCISCA CABRERA MEAURIO, con cédula de identidad civil número 3.474.557, Encargada del Área de Educación, se realiza la apertura de los archivos que contienen los datos personales de los concursantes ganadores, luego de que el jurado haya calificado y adjudicado los premios y las menciones de honor. CONFORME AL VEREDICTO DEL JURADO DEL TERCER CONCURSO SURGENTE DE CUENTOS, LOS TÍTULOS PREMIADOS SON LOS SIGUIENTES:

### **CATEGORÍA MENORES:**

1. «INVIERNO», seudónimo «Aven», nombre y apellidos: Gissel Buenaventura Olmedo Meaurio, nacida el 18 de febrero del año 2007. Reside en Villarrica, en el barrio San Miguel.

2. «SUEÑO SOBRE EL PUENTE», seudónimo «Rochi», nombres y apellidos: Rodrigo Javier Centurión Vega; nacido el 2 de diciembre de 2006. Reside en San Ignacio, Misiones.

3. «REBEKA», seudónimo «Mahia Mahia», nombres y apellidos: Mahia Renata González Roman, nacida el 3 de marzo del 2010. Reside en Juan Emilio O'Leary, Alto Paraná.

## CATEGORÍA MAYORES:

1. «FISURA», seudónimo «Yani Na», nombre y apellido: Kimberli Samaniego. Reside en el barrio San Cayetano, Asunción, Paraguay.

2. «SAN CERDOTE», seudónimo «Selva Urbana», nombre y apellido: Alicia Riquelme. Reside en Asunción.

3. «NOCHE DE MARZO», seudónimo «Betrícia», nombres y apellidos: Patricia Lorena Cabañas Giménez. Reside en Isla Bogado, Luque.

El jurado también resuelve reconocer de forma consensuada los siguientes cuentos para publicarlos en el libro digital del Concurso, sin orden de prelación:

-«ALGO TEATRAL», seudónimo Theodore, nombres y apellidos: Krystyna Pisera Balmaceda. Reside en Asunción

-«EL DRAGÓN CHINO», seudónimo Teseo, nombre y apellido: Daniel Espinoza. Reside en el barrio Urbanización Los Manantiales, Encarnación. Temporalmente se encuentra en Taiwán.

-«PERDER LA CABEZA», seudónimo Saite, nombres y apellidos: Noelia Anahí Cuenca Santacruz. Reside en Asunción.

Así damos por concluida la apertura del archivo y la verificación de los datos correspondientes a los premiados en el mencionado Concurso, ratificando el contenido y manifestando nuestra conformidad y aceptación, firmando el presente acta.

FIRMAN: ALBA ELIZABETH CORVALÁN DE BOGADO, HILDA CENA DE SILGUERO Y CLARA FRANCISCA CABRE-  
RA MEAURIO.

## PRIMER PREMIO · CATEGORÍA MAYORES

### **Fisura**

Kimberli Samaniego

Cuando Alejandra me dijo que estaba embarazada, no me hizo ninguna gracia y le sugerí que se practicara un aborto. Ella se ofendió, porque de repente sintió una vocación religiosa que le impedía asesinar fetos. Nunca me había acompañado a la iglesia, pero a buena hora recibió el llamado de Dios. Y Dios, según ella, estaba en todas partes, pero seguramente no estaba cuando ella se arrepintió y trató de abortar con un jugo mal hecho de perejil. El bebé ya había comenzado a patear. La panza era descomunal. Por suerte se arrepintió de su arrepentimiento y vomitó minutos después. ¿Quién tuvo que limpiar todo eso? Yo, por supuesto, qué pregunta. Ni siquiera hay otra persona en este relato, por lo menos todavía no.

Alejandra podría ser considerada mi hija porque le sacaba veinte años. Podría ser considerada mi hermana porque nos confesábamos las aventuras sexuales. Podría ser considerada mi amiga porque... Bueno, no podría ser considerada mi amiga, porque lo que sentía hacia ella era obligación, y si nos hubiéramos conocido en otro contexto... haciendo fila para el supermercado o en alguna clase de inglés para adultos... probablemente no seríamos amigas.

Ella aún no era mayor de edad cuando la rescaté de su familia. Yo era muy amiga de sus padres, pero desde que nació, no sentí otra cosa que miedo por ella. Los conocía, sabía cómo se acercaban a la muerte cuando discutían violentamente. Ale no medía ni metro y medio cuando empezó a participar de esos acercamientos. La vez que llegó corriendo a mi casa con la remera agujereada y manchada de

sangre, los mocos y las lágrimas mezclados en un jugo de miseria, tenía la mirada destruida. No volví a dejar que se aproximara a sus padres, y creo que ellos sintieron que se libraban de algo, pues no dieron batalla para recuperarla.

Además, se libraron de mí. Era un dos por uno.

Los primeros meses de convivencia fueron desastrosos. La pobre tenía tanta vergüenza de comer o beber lo que hubiera en mi heladera. Mirá que yo le repetía que mi comida era su comida y que no tenía nada de qué avergonzarse. Pero no había manera... Yo encontraba botellas de gaseosa sin gas, llenas de pequeños agujeros detrás de las etiquetas. No entendía nada. Pero una vez la encontré arrojándose el líquido en la boca con una jeringa. Ocurría algo peor con los yogures. Yo me enfurecía con los supermercados y las nuevas marcas porque los vasos estaban medio vacíos.

—Ladrones sin vergüenza —decía Alejandra, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Una vez, tomando el yogur, el sabor me pareció adulterado y los labios se me quedaron pegados pocos segundos después. Entonces supe que Alejandra abría los yogures, los tomaba hasta la mitad y luego volvía a cerrar los vasos con pegamento fuerte. Casi me desmayé. Fue la vez que más insulté a la pobre, pero por suerte tenía los labios pegados, y ella no podía escuchar mis palabras hirientes, solo escuchaba «hmmm hm hmmm».

Alejandra era buena, servicial y de risa fácil. Teníamos discusiones pequeñas porque se olvidaba de usar desodorante y yo odiaba olfatear suciedad humana; sin embargo, nos entendíamos y éramos cómplices del día a día. Cuando se hizo adulta ante mis ojos, tuvimos

más confianza. Pero mi mayor problema con ella era que se comportaba como tonta. Aquí va una prueba:

—Me duele el culo —le conté una vez.

—Caro, estos días descubrí la medicina psicosomática.

—¿La qué?

—La medicina psicosomática. Todos nuestros dolores tienen que ver con traumas del pasado o algún estrés que tengamos. La otra vez me dolía el meñique izquierdo, y busqué el significado. Me dolía el meñique porque me sentía mal siendo una persona frágil. Por eso me incomodaba el dedo más pequeño de todos.

—Ale, me duele el culo porque me caí de culo.

—Igual tenés que investigar para ver por qué te duele el culo.

—Me duele el culo porque una vereda me rompió el coxis en dos cuando me caí de culo, no porque tenga un trauma del pasado.

—Eso es lo que vos decís...

—O sea, ¿me caí en la vereda y me lastimé el culo pero me duele porque tengo un trauma?

—Tenés que investigar —insistía ella.

El primer novio que tuvo trabajaba en una estación de servicios por la mañana y estudiaba de noche. Me parecía un muchacho respetuoso y serio. Tras dos años de relación se mudaron juntos. No tardé en descubrir que era un hombre violento y despreciable. Como si hubiera seguido siendo la misma adolescente rota, sin nada en sus manos o bolsillos, con la ropa agujereada y ensangrentada, y las lágrimas mezclándose con sus mocos, volvió a mi casa corriendo.

El segundo novio fue un cantante y guitarrista de una banda sin público. Los cantantes de bandas son muy engreídos, más si tocan la guitarra y no tienen público. Yo estaba segura de que esa relación se-

ría igual de peligrosa. Y justo de él se embarazó. El noviazgo duró unos años, pero también por motivos de violencia, ella se escapó y volvió a aparecer destruida ante mis brazos, con niño y todo en esta ocasión. Estaba muy enamorada de ese cantante. Creo que, si no hubiera sido por su hijo, habría aguantado muchos más golpes.

La mejor cosa que tiene Alejandra es que es una madre increíble. Logró que su hijo estudiara en el extranjero. Lo crió con amor, confianza y seguridad en sí mismo. Yo me preguntaba de dónde había sacado todo eso. De mí tampoco no sacó nada de eso. Soy un poco seca y odiosa.

En cuanto al hijo, yo lo amaba porque trajo un regalo con su solo nacimiento: una fisura vaginal a su madre. Suena muy mal decirlo así. No estoy feliz de que Alejandra tenga dolores, heridas o cicatrices. Ni siquiera me di cuenta de que esa fisura era un regalo hasta que pasaron los años. Ella dejó de sentir dolor. Simplemente aprendió a vivir con la fisura, sin quejas ni molestias.

Cuando su hijo se fue al extranjero, Alejandra comenzó a salir con un señor que trabajaba limpiando autos. El señor se veía bien: trabajador, honesto, tenía dos hijas muy amorosas. Pero yo no aprobaba esa relación. Ella me pedía dinero prestado. Siempre muy bruta, me decía que era para reconstruir su vagina. Me opuse porque sabía que eso era el último paso para oficializar la relación con ese señor. No quería que oficializaran nada. No quería que ocurriera lo mismo de nuevo. Ella no es de mi propiedad, lo sé. Lo sé. Mucho menos su vagina. Pero siempre que se iba con alguien volvía destruida. Solo conmigo no era maltratada.

Entonces empezó la batalla por la reconstrucción vaginal. Un frente era el de Alejandra, que ya había contactado con su hijo y

todo. Él me escribía mensajes poniéndote al tanto de los dolores íntimos de su madre. En el otro frente estaba yo, creando burocracia médica donde fuera para impedir esa reconstrucción. Mis aliados eran los doctores. Yo siempre estaba pidiendo un procedimiento menos complejo que tratara los síntomas que Alejandra decía tener. Cuando los doctores se hartaban de las reiteradas consultas y de mi pesadez, yo insistía en una segunda o ya novena opinión, y cambiaba de aliados. Cuando ya no pude dilatar esa situación, marcamos una fecha para la cirugía, aunque luego conseguí posponer la fecha en dos ocasiones. Ya ni me acuerdo de las excusas que dije. Sin dejarse vencer, ella gemía de dolor fingido por las noches, y su hijo me escribía por las mañanas...

Alejandra ganó esa batalla. El señor que lavaba autos la esperó. Finalmente pudieron casarse y consumir su amor. Yo me sentía tan derrotada que estallé con Alejandra una vez que vino a merendar a mi casa. Le dije cosas horribles.

—Claro, rapidito te fuiste a estrenar tu vagina nueva. ¿No vale nada para vos tu nueva virginidad?

Fui muy cruel. ¡No sé de dónde salieron todos esos comentarios prejuiciosos y machistas! Yo no soy así. O tal vez lo soy e intento no serlo, y lo consigo a veces, y otras veces no.

Alejandra me perdonó porque ella siempre perdonaba todo. Ese era el problema. Yo quería que dejara de perdonar a las personas que le lastimaba tanto.

Yo estaba al pendiente de ella. Buscaba heridas en su cuerpo, sombras de duda en sus ojos. Una vez casi le obligué a ir a la policía por un moretón que tenía en el brazo. Tuvo que mostrarme la graba-

ción de la cámara de su casa para que viera que de verdad se había caído.

Con los años, Alejandra crio a las hijastras de la misma forma que había criado a su hijo, entre juegos, dibujos, cuentos y ridiculeces que a todos nos hubiera gustado disfrutar en la infancia.

Cuando enfermé durante la pandemia, ella y su esposo se turnaron para cuidarme.

Todavía intranquila, una vez confronté al señor.

—Si alguna vez le ponés un dedo encima, nunca en la vida te lo voy a perdonar.

Él me miró como si estuviera loca. Ay, cómo odio cuando los hombres miran a las mujeres como si estuvieran locas.

—No me importa —dijo.

Extendí una mano para buscar mi teléfono y contar todo eso a Alejandra, pero él, mientras doblaba mi ropa recién recogida del balcón, sin mirarme, tranquilamente continuó diciendo:

—No me importa porque si alguna vez le pongo un dedo encima a Alejandra, yo mismo nunca me voy a poder perdonar...

Me quedé dormida del alivio. Eso era todo lo que yo quería para ella. Finalmente me había librado de Alejandra. Ahora estaba a salvo, con una persona que no la lastimaría.

Tuve muchas pesadillas y lagrimeé como un bebé... porque... sí me había librado de Alejandra, pero también la había perdido para siempre. Y nunca antes había sido tan feliz. Y nunca antes había sido tan miserable.

## SEGUNDO PREMIO · CATEGORÍA MAYORES

### **San Cerdote**

Alicia Riquelme

Cuando empecé el negocio, lo hice a pesar de mis miedos. Estábamos en plena pandemia de la covid. Me echaron del trabajo por reducción de personal y nadie estaba contratando a nadie. Realmente, parecía que el mundo se había parado. Y bueno, había que reinventarse, como decía todo el mundo entonces. No quedaba otra.

La idea nació uno de esos días de desesperación por no salir de casa. Estaba tan aburrida que revisé las fotos viejas que tenía en Facebook y encontré algunas de la época del colegio. ¡Hace mucho!, ja, ja. Ahí me vi, con veinte kilos menos, posando con mi compañera y mejor amiga hasta hoy, Celeste. Súper sonrientes, mirábamos hacia el *pa'i* director que sostenía la cámara digital con las dos manos y también sonreía. Lo recuerdo como si hubiese sido ayer nomás.

Entonces asistíamos a muchos campamentos del colegio y de los movimientos juveniles de la congregación. Algunos bastante largos, de cinco o siete días. Con Cele teníamos un pasatiempo un poco rebelde, digamos. Solíamos robar un poco del dulce casero que se hacía para los desayunos y las meriendas, sobre todo cuando íbamos a la casa de San Pedro. La cuidadora, doña Flavia, era una cocinera increíble. Con Cele jugábamos piedra, papel o tijera para decidir quién entraría hasta la heladera y quién se quedaría en la puerta a vigilar.

Luego íbamos a la capilla y tomábamos la bolsita de hostias sin consagrar. Eso era más fácil porque ahí nunca había nadie, si no había misa. Ahora que lo pienso, ni siquiera el padre estaba. Quién sabe qué hacía todo el día. A vos nomás te comento eso, eh, porque sos mi

amigo, no lo pongas en la entrevista. Así conseguíamos los dos ingredientes para nuestro manjar.

Después corríamos hacia el arroyo y comíamos sin parar. Había un lugarcito especial al que bautizamos como nuestro escondite, rodeado de árboles para que no nos vieran. Nos sentábamos sobre algunas piedras que sobresalían del agua, como para mojarnos solamente los pies. ¡Qué buenos tiempos! Hasta siento ganas de llorar.

Así recordé esas cosas y tuve una profunda necesidad de degustar ese sabor. Buscaba algo que me hiciera sentir bien para olvidarme de lo que estaba pasando y revivir esos tiempos tan lindos. Entonces busqué recetas y me puse a cocinar y probar...

No sé si te acordás, seguro que sí, que por esos días del 2020 los miedos aumentaban con cada nuevo número de muertos. Todos los días, el ministro de Salud daba a conocer la cifra de tardecita, a través de Twitter. Para mí era irreal que una red virtual se volviese el canal de difusión para esas cosas tan jodidas. Pero qué se yo, estábamos viendo una película de terror más o menos, cualquier cosa podía pasar. Todos estábamos muy pendientes, llenos de ansiedad y angustia. Yo también, al comienzo. Después me di cuenta de que me hacía mal y ya no lo miraba. Trataba de concentrarme en las ganas de salir adelante. Era la única manera de sobrevivir.

Me levantaba cada día y seguía una rutina sin importar lo que estuviera pasando en el resto del mundo. Hacía meditación y repetía afirmaciones positivas: puedo ser lo que yo quiera, transformar mi realidad depende de mí... Cosas como esas. ¡Un hábito que recomiendo muchísimo! A veces, cuando me exponía a las noticias sin querer, me ponía los auriculares para cocinar y escuchaba meditaciones para atraer abundancia. Incluso el día que murió mi mamá lo

hice. No lloré ni una lágrima porque estaba convencida de que ella hubiese querido que me enfocara en salir adelante. Evité sentirme mal en su nombre.

Al comienzo cocinaba las obleas en mi departamento y no me salían muy bien. Había leído que las hostias tradicionales se cocinaban con forma rectangular y que las cortaban con tijeras. Lo intenté... Hice todo tipo de formas y así nacieron las *Oinkstias*, que tienen forma de nariz de chanchito y les sobresale el relleno por los agujeritos. Hasta hoy las hacemos, solo que ahora tenemos un molde especial. Ya no usamos tijeras, ja, ja. En fin, lo que quiero decir es que me animé a probar cosas distintas, algunas salieron bien y otras no tanto, pero creo que de eso se trata emprender. ¿Entendés lo que te digo?

¿Sobre el nombre de la marca? No tenía pensado tocar ese tema. También está relacionado con el periodo de las hostias con dulce, pero no me gustaría rememorar esa parte... No fueron todos tan buenos momentos. Como siempre digo: pasado pisado, hay que olvidar las cosas feas y concentrarse en lo positivo. Sé que hace bien hacer catarsis pero no me quiero quedar con mala energía. Pero está bien, si prometés que no lo vas a incluir en la entrevista, te lo voy a contar.

El día que el *pa'i* nos tomó la foto, estábamos en el escondite. Él se acercó y se sentó entre nosotras. Dijo que andaba sacando fotos y bendiciendo el lugar, que nos vio y quiso probar la combinación. Contó que en España, de donde venía, se comía algo parecido pero no con dulce de leche. Como dos horas nos habló. Me acuerdo de que nos preguntó sobre nuestra vida sexual. Cuando eso era nula, claro. Quería saber si nos tocábamos, si nos besábamos con alguien, cosas así. Dijo que era importante usar condón para prevenir que nos embarzáramos...

Disculpame, no sé qué pasa pero las lágrimas me salen sin querer. Es que nunca hablé en voz alta de esto, ni siquiera con Cele, y me da miedo, qué se yo. Sí, entiendo lo que decís, es importante sacar las emociones, sé que tenés razón, aunque yo por lo general las saco trabajando.

Lo que sí que a partir de ese día se hizo costumbre que el padre fuera a hincharnos cuando estábamos ahí. Pensamos varias veces en buscar otro escondite. Una vez lo hicimos, pero al día siguiente el *pa'i* puso las hostias bajo llave y no pudimos comer... Él dijo que fue sin querer, pero Cele y yo sabíamos que era porque nos habíamos escondido de él. Entonces ya no lo hicimos. Así pasaron los campamentos y un día nos enseñó cómo se usaban los preservativos.

Creo que hasta acá puedo contarte. Me siento muy incómoda con todo esto. Prefiero que hablemos directamente del negocio. Yo quiero ser una inspiración para las chicas jóvenes. Las niñas necesitan creer en historias de éxito para que luchen por sus sueños.

¿Qué? Claro que no quiero que a mi hija le hagan lo mismo que me hizo el *pa'i*. Pero ella está bien, sabe que eso está mal y me va a contar si algo pasa. Tenemos un protocolo con ella, que ya ensayamos y todo. Además yo puedo ver dónde está todo el tiempo con el GPS del celular.

¿Qué? Y no sé qué pasa con las otras nenas de su edad. Eso ya no es mi problema. Cada mamá con su responsabilidad.

Dios mío, bueno, te voy a contar cómo fue, pero jurame que no vas a publicar lo que te digo. Sos periodista, pero por sobre todo sos mi amigo. ¿Me lo jurás?

Él estaba sentado en medio de las dos, como siempre. En un momento nos abrazó y llevó nuestras cabezas hacia la suya, haciendo

que nos apoyásemos en sus hombros. Dijo que nuestros cuerpos eran templos sagrados que había que saber disfrutar y cuidar. Después nos besó a cada una en la frente y nos pidió que nos sacáramos la ropa. Bueno, hasta acá voy a llegar, ¿sí?

¿Qué? No, no lo pienso denunciar. Ni sentido tiene después de tanto tiempo, ni siquiera sé si sigue vivo. ¿Que qué sentí yo? ¿En serio hace falta que hablemos de esto? Bueno, dale, pero por favor no vayas a incluir toda la historia en la entrevista, poné nomás que había un sacerdote muy gordo o algo así. ¿Me prometés?

A mí me parecía todo eso muy raro, pero tampoco quería que parara. Confiaba en el padre y estaba disfrutando mucho de ese momento. Esa es la verdad. Sé que estuvo mal, pero también me siento culpable porque me gustó. ¿Entendés lo que te digo? En fin, sinceramente no quiero pensar en eso. Yo lo que hice fue convertir todo en algo que me hiciera bien, como mi negocio.

De vuelta a lo importante, cuando hice bien las obleas, las publiqué en las redes virtuales y cada vez recibía más pedidos. Al comienzo me costaba mucho hacer videos y hablar a la cámara, pero a medida que crecían las ganancias crecía la seguridad en mí misma. Hoy tengo un gran equipo y tres locales, dos en *shoppings*. Tenemos una gran variedad, con harinas de distintos tipos y diversos rellenos, opciones *gluten free*, sin lactosa y hasta veganas. ¡Me llena de orgullo ver hasta dónde llegó hoy San Cerdote! Espero inspirar a otras mujeres y que se animen a emprender.

Mirá, ¡ya te dije que no! Yo no me quiero exponer así, al pedo. ¿Vos te imaginás el quilombo que se va a armar? Le voy a exponer a mi familia. Le van a decir cosas a mi hija en el colegio.

Entiendo que quieras hacerte el justiciero, pero buscate otra historia. Si llego a decir algo, seguro me van a sacar en todos los medios, y a lo mejor hasta le buscan a Celeste y le cagan la vida a ella también. La verdad que no estoy dispuesta. ¿Sabés la cantidad de clientes que puedo llegar a perder? No, no quiero. Prefiero ser un testimonio de superación con mi propia historia. Eso le va a ayudar más a la gente, y no sacar lo malo ya otra vez. Habiendo tantas desgracias, no quiero ser una más.

¡Qué! ¿Vos me estás jodiendo? ¡Un carajo no vale tu palabra, maldito infeliz! ¡Y yo creí que éramos amigos! ¡Mierda! ¿En serio estuviste transmitiendo en vivo todo el tiempo?

## TERCER PREMIO · CATEGORÍA MAYORES

### Noche de marzo

Patricia Lorena Cabañas Giménez

Cerca de las nueve, comenzó el estruendo. El rugido ensordecedor de miles de petardos quebraba la fragilidad de una noche turbulenta desde su nacimiento. En la ventana, los destellos fulguraban al son de los estallidos. Entonces, ella sintió un golpe de luz blanca que la encegueció por segundos. Su cuerpo cayó pesadamente al piso, quedando inmóvil y aturrida por un instante eterno. El dolor empezó a recorrerla y sacudió la cabeza para volver a la realidad. Le zumbaban los oídos. A lo lejos retumbaron las explosiones y a centímetros de su rostro, Antonio le masculló:

—Te dije bien que si macaneabas no te iba a perdonar...

En la televisión, una voz exclamó: «Esto se ha vuelto una batalla campal, son disparos, repito, son disparos los que podemos escuchar en medio de las bombas...»

Visualizó borrosamente la puerta, en silencio y quieta, sugiriendo que estaba rendida, sin fuerzas, sometida. Cuando Antonio se asomó a la ventana, curioso, levantó su cuerpo e inició una temblorosa carrera hacia la salida. Él giró rápidamente el torso; al darse cuenta, ella se había borrado luego de un portazo. No esperó el ascensor. Obligó a sus recién despabiladas piernas a bajar veloz y torpemente las escaleras. Tras cada piso parecía cargarse de energía, furia, miedo, deseo. Llegar a la entrada principal fue como chocar contra un muro transparente que la hizo frenar algunos segundos. Me va seguir, me va seguir..., pensó. Atravesó la masa amorfa de humo y gente en la calle. Un olor picante le punzaba la nariz y rasgaba la garganta. Sus ojos la-

grimeaban. El camino se abría ante ella como un violento pantano de almas que amenazaba con devorarla. Vio una ambulancia que no podía avanzar y una ola de personas que se replegaba hacia la Catedral. Gritos, sudor, sangre, petardo y balas. Dos batas blancas llevaban a cuestas una camilla y un cuerpo ¿muerto? La oreja destrozada del encamillado era un botón rojo que supuraba. La noche estaba herida y ella también. Algo tibio besó su boca, se lo limpió con la lengua sin detenerse. Un cascote la rozó. Se detuvo instintivamente y al girar la cabeza lo vio. Las facciones desencajadas, islotes sudorosos dibujados en su camisa, acercándose como una locomotora. Disparada se abrió paso en el caos. Sobre el estruendo bélico podía oír sus pisadas, cada vez más cerca. No pensó exactamente, sólo gritó a todo pulmón:

—¡Oviedista! ¡Asesino! —al tiempo de que de sus cabellos era violentamente tumbada.

Algunas miradas captaron la escena. El grito los espoleó. Era el enemigo atacando a una de ellos. Él no llegó a ponerle un dedo encima. Fue tacleado por dos cuerpos embanderados. No había tiempo de mirar atrás, sólo huir, correr hacia el infinito.

Las campanas de la Catedral repicaban. Fue hacia ellas. A su diestra cayó alguien, inconsciente, el pecho rojo, una piedra en la mano, cerrada, quizá para siempre. Muchos se refugiaron en la iglesia. Médicos, bomberos, gente voluntaria que había llevado alimentos y agua, heridos... Se sintió desfallecer, como si solo entonces demoliera su cuerpo la fuerza de los golpes que había recibido. Una sudada botella de agua apareció ante sus ojos.

—Para vos, déjame que te reviso.

Bebió ávidamente, sintiendo al cristalino descender como bálsamo hasta el estómago contraído. La enfermera revisó sus pupilas, limpió la sangre seca de la cara y auscultó su tórax.

—Nada grave, sólo unos golpes. Lo mejor va ser que te quedes acá. Ya son varios los jóvenes caídos.

—Gracias.

Quedó dormida en un banco, en medio de la angustia colectiva.

Una estampida de gente la despertó. Eran como las cuatro de la mañana. La multitud corrió asustada ante la llegada de los tanques. Se colocaron a lo largo de la calle Palma, en cada esquina de acceso. Una voz ajena murmuraba:

—Ya son cuatro los muertos, según dicen. Esto fue una masacre, *mbá'e* enfrentamiento *piko*...

Oírlo era imaginar que pudiera estar entre esos cadáveres.

Con la luz del día asomándose lenta y débilmente desde el horizonte magullado, decidió abandonar el lugar. A pasos cortos y sin prisa, se alejó de ese escenario de guerra, veredas mutiladas, cascotes por doquier, basura, vehículos que terminaban de quemarse, trozos de vidrio, restos de petardos y andrajos de humanidad.

En el departamento, tomó su cartera y un libro que se le había prestado. La ventana abierta desde anoche era un recuadro del paisaje citadino. Una atmósfera distinta embargaba la vista, un hilo de humo se alzaba al cielo, contorneándose vaporosamente.

—...increíbles imágenes de un francotirador, captado al momento que disparaba contra la multitud... —el televisor seguía encendido desde que habían iniciado la acalorada discusión—. El número de fallecidos va en aumento, el joven que acusó el impacto de dos balas se encuentra con muerte cerebral...

«¿Y si...?» La idea acarició su mente. Apagó el aparato, llaveó la puerta y dejó las llaves en recepción. Al tomar la calle, una brisa de polvo y ciudad peinó sus cabellos. La plaza se veía en calma y, aunque la incertidumbre en el aire flotaba, ya todo había terminado.

## MENCIÓN DE HONOR · CATEGORÍA MAYORES

### **Algo teatral**

Krystyna Pisera Balmaceda

Desenvolvió la pistola del trapo en que estaba liada. La miró con atención. ¿Estará cargada? Frotó con el dedo el brillante metal del caño. Así que, aquí la tenía guardada. O escondida. Al final de cuentas, había niños en casa. Tal vez, ese no era el único motivo. Ella siempre desviaba las preguntas que con disimulo, como si en realidad no le importara, él le hacía al respecto. Seguramente, el suicidio del marido no era precisamente el recuerdo que ella deseara evocar.

A él no le molestaba pensar en eso. Muchas veces, incluso, se imaginaba a su hermano haciéndolo. Se sentó ante el espejo y levantó el arma. No, así de frente no.... girando un poquito y quedando ligeramente de costado quedaba mucho más teatral. Sí. Así se veía mucho más impactante.

—Desgraciado —pensó con rencor—, si el teatro es lo mío.

Siempre fue así. Su hermano mayor siempre se le había adelantado en todo.

—Ya sé, ya sé que no era a propósito —se contestó a sí mismo en sus pensamientos.

A pesar de los años, nunca logró superar los celos.

Su hermano había sido más lindo. Encantador. Con pelo casi rubio, tez clara y ojos verdes. La vieja le había tenido más paciencia. Con él, en cambio, no había escatimado los sopapos. Cuando el golpe resultaba tan fuerte que se le llenaban los ojos de lágrimas, corría como loco hacia el espejo grande del ropero y recién allí dejaba que las lágrimas corrieran. En ese momento observaba su cara distorsio-

nada. Experimentaba poniendo diferentes para que pareciera más conmovedor el efecto de la desdicha y la desgracia. Ya en esos tiempos el teatro era lo suyo.

La mente limitada de la vieja no lograba entender sus inclinaciones. Algunas veces lo sorprendió vestido de trapos femeninos o con restos de maquillaje. Él le contestaba la pregunta no pronunciada balbuceando algo sobre una obra que representaban en el colegio.

Su hermano no manifestaba esa clase de intereses confusos. Era un alumno ejemplar. Un verdadero modelo a imitar. ¡Cuántos sermones, acompañados ocasionalmente de algún golpe, para que siguiera su ejemplo?

—Mierda.

Tantos años y la envidia permanecía fresca. La sentía invariablemente como unas punzadas en el estómago. Debió reconocer, sin embargo, que ese sentimiento había sido muy beneficioso para él. Imaginando que algún día superaría a su hermano y sorprendería a los maestros y a los compañeros, estudiaba intensamente. Pero era demasiado tímido y acomplejado, y no llegó a demostrar su brillo en público. Años más tarde, superados la timidez y los complejos, llegó a destacarse algunas veces en los auditorios. Debería estar agradecido por eso.

—Andate a la mierda —se dirigió de nuevo a sí mismo.

En realidad, no sabía bien por qué sentía tanta rabia contra él. Celos, sí, lo entendía. Siempre había quedado rezagado por ser el menor. En su curriculum político también. Aunque su hermano no llegó a comprometerse en serio, siendo ya un estudiante universitario fue detenido por la policía, cuando la Universidad se había llenado de panfletos y volantes con la propaganda política de los subversivos.

La policía hizo redadas en los alrededores deteniendo a todo el mundo. Así, llevaron también a su hermano. Amontonados en el vehículo policial, camino a la comisaría, no encontraron mejor solución que comerse los volantes que tenían en los bolsillos. Tuvieron suerte. Los soltaron al día siguiente y el incidente no pasó del susto.

De todos modos, su hermano no fue soberbio. Nunca le hizo sentir su superioridad a propósito. Fue un tipo sin pretensiones. No aprovechaba sus ventajas. Luego de que lo detuvieran, por ejemplo su hermano siempre contó el hecho tal cual como había sucedido.

—Estúpido. Claro, el pobre no tuvo para nada la percepción de lo teatral.

En cambio, si le hubiera ocurrido a él... habría sabido cómo aprovecharlo. Una detención por la policía se hubiera podido convertir en un hecho clave para su carrera de «revolucionario».

La verdad era que le costaba decidir si le quedaba mejor el aire de un «subversivo» o un pequeño burgués con ascendencia europea. Gente de apellido, pero arruinados. Pero cuando su hermano se estableció con su negocio y progresó rápidamente, optó por ser un «revolú ...».

Lo cierto es que disfrutó mucho esa época. Ser empleado en el negocio del hermano le dio muchas ventajas. Tenía muy buen sueldo y un *status* dentro de la empresa. Sus necesidades básicas estaban cubiertas con amplio margen y, fuera del trabajo, se dedicó a elaborar su estilo bohemio-revolucionario sin tener que sufrir las limitaciones o los peligros reales. Puro teatro.

Durante años transcurrió por este doble carril y su personalidad se desdoblaba. Por un lado, el trabajo cotidiano, algo aburrido en la empresa, y las relaciones públicas con el sector social vinculado al ne-

gocio, que hasta a veces resultaba gratificante —permitía que su faceta de pequeño burgués aflorara, ya que lo de «ascendencia europea, gente de apellido, pero arruinados» encajaba bien en este medio—. Por otro lado, el teatro, que trascendía las tablas y continuaba en la vida social y personal entre la gente de este ámbito.

Finalmente, el teatro lo absorbió. De manera que rompió con el «explotador» y se identificó plenamente con los oprimidos. Hasta se compadeció un poco del pobre inocente de su hermano que, al parecer, realmente había creído ese cuento de ser un explotador. El negocio fue cada vez mejor y la brecha que lo separaba del resto de la familia aumentó. Con un poco de esfuerzo y esmero consiguió infundirle la culpa por esa diferencia. Claro que los viejos y los otros hermanos contribuyeron. Como la mayoría de los mediocres prefirieron buscar culpables por las insatisfacciones propias y encontraron uno perfecto en la persona de su hermano e hijo.

En fin... no existía ninguna evidencia palpable de que él tuviera que ver... Ni siquiera estaba enterado de que su hermano sufría depresión. Lo que sucedió lo sorprendió igual que a todos los demás, familiares, amigos, clientes.

—¿Quién hubiera sospechado una cosa así?

Recordó la histeria reinante en el velatorio y la escena que representó durante el sepelio. Realmente, fue digna de un *standing ovation*. Casi se convenció él mismo de que su pena y dolor eran auténticos. Sentía las lágrimas correr por su cara y, fugazmente, sintió ganas de mirarse en el espejo. Abrazó a la viuda con fuerza y pudo sentir cuan grande era su desconsuelo.

La verdad que fue bastante difícil conseguirlo con la cuñada. Siempre fue la más impermeable contra sus artes.

—Enana insensible. ¡Bruta!

Después del entierro parecía que una fiebre de trabajo la había poseído y se puso a administrar todo tan bien que llegó a posicionarse como empresa líder en el ramo. Sí, fue difícil convencerla de que lo necesitaba.

Con los chicos fue fácil. Inocentes criaturas. Cuando fueron más grandes y empezaron los noviazgos, incorporó a su juego a los respectivos novios y novias. Su parte inmadura disfrutaba la alianza que estableció con los jovencitos y ni siquiera tuvo que fingir mucho.

Sí, había sido difícil convencerla de que lo necesitaba. Pero cuando los chicos se fueron ella quedó mucho más vulnerable. Fácilmente todos le dieron la razón de que los estudios en el extranjero los beneficiarían en el futuro. La diferencia en el presupuesto no era tan significativa y él se evitaba de esa manera los eventuales conflictos.

La cuñada sola era mucho más manejable. No tuvo otra opción que apoyarse en él en algunas cuestiones referentes a la empresa.

En fin, esa etapa ya pasó. Ahora, hasta podía permitirse el lujo de ser sincero. Por lo menos en algunas cosas. Por ejemplo, esa falsa modestia ya no era necesaria. Podía ostentar ser un burgués hecho y derecho. Y no pequeño. No, señor. Finalmente lo había logrado. Lo superó.

La luna de miel de su hermano había durado apenas un fin de semana en un hotel de lujo. Él viajaría a Europa. Más tarde pensaría en cómo resolver el problema del dormitorio. Ciertamente, la idea de compartir el lecho nupcial le disgustaba bastante, pero ya encontraría una solución. Sentía que podía manejar la situación.

Así que todo estaba resuelto...

Volvió a mirarse en el espejo y se sobresaltó. Por un fragmento de segundo le pareció ver una borrosa imagen de su hermano.

—Andate al infierno —pensó.

El hallazgo del arma removió todos los recuerdos y los sentimientos que él había creído extintos. Además de las punzadas por los celos, sintió rabia de que su estómago escapara del control de su voluntad. Dirigiéndose al espejo, dijo:

—Me ganaste en una sola cosa, desgraciado.

Respiró hondo una y otra vez.

Recobró la calma.

De nuevo observó su imagen con el arma en la mano reflejada en el espejo. Cambió de pose para lograr el mejor efecto. Se apuntó el corazón. La imagen no le pareció lo suficientemente dramática. Bien, mejor guardar el arma donde estaba. ¿Ha de estar cargada? Echó el último vistazo... Levantó la mano y sintió el frío del metal en la sien. Sí. Ahora se veía mucho más impactante y con mucho sentido teatral. Muy dramático. Realmente soberbio... Apretó el gatillo.

## MENCIÓN DE HONOR · CATEGORÍA MAYORES

### **El dragón chino**

Daniel Espinoza

Leo pregunta siempre hace cuántas décadas comenzamos a cavar. Yo le digo que China está bien lejos y que espere unas décadas más, que igual cuando estemos viejos y llenos de canas los chinos van a recibirnos con sus té y empanadas de pan. Él se preocupa. Cree que nos van a dar perro y piensa en el Negro, que no le sienta muy comestible. Le digo que a lo sumo comeremos un bocado, como cuando abuela cocina tartas. Él pregunta hace cuántos siglos comenzamos.

Prestamos la pala del cementerio. Como nos aseguró el dragón, estaba sobre uno de los Gutiérrez. Que conste que la vamos a devolver. Prestamos dos baldes, uno de tía Julia, que sin falta sale a quemar basura los martes, y otro de tía Chica, que como expliqué a Leo ya está demasiado ciega para saber que le falta un balde. También los vamos a devolver. Al emperador chino no le gustan los ladrones. Y a mamá tampoco.

Mamá no sabe nada de nada. Lo más importante es cavar de noche y tapar el pozo con la carpa, así no nos sirve de zapatillas o de hígado por una semana. El dragón nos avisa cuando viene papá y entonces sí nos vamos derecho a la cama. Si nos encuentra despiertos seguro nos pone a dormir. Igual él rara vez viene... Y si viene se le caen cosas y despierta a medio barrio. Cuando papá está en casa, el dragón duerme con nosotros.

Lo bueno es que mamá tiene miedo al patio, quizá por los sapos o porque cree que hay víboras. Antes ella regaba las plantas todos los días y crecían tan lindas las rosas del jardín. Pero eso era antes, cuan-

do colgaba la ropa en el patio. Desde hace rato que la ropa se seca sobre las sillas. A veces se le mezcla con la de los vecinos. Entonces sí que extraña los días en que podía salir al patio. Leo, que no se acuerda de esos tiempos, hasta que comenzamos el pozo le decía que ya no había víboras, que cuando cortamos el pasto a machetazos se habían ido quién sabe dónde. Le decía que si quiere mataríamos los sapos. Pero mamá seguía cosiendo.

Ella, si no está cocinando, está cosiendo, porque la gente del barrio se mueve nomás y *plaz*, agujeros por todas partes y botones perdidos. Yo no sé cómo hacen los grandes para abrirse semejantes agujeros en la entrepierna, por donde pueden pasar mis manos y una pelota de fútbol. Lo peor es cuando comienzan las clases y la sala se vuelve un ropero enorme de uniformes desparramados. Eso nunca gustó a papá. Bueno, a él no le gustan muchas cosas. Pero le gusta el tereré de tarde, con mucha menta, aunque haga un frío que pela. No le gusta cuando se derrama el tereré, que hay que secar a cintarazos. Le gusta mirar el partido los domingos y cantar los goles. No le gusta cuando la antena no sirve y yo tengo que pararme en el techo a buscar señal, porque vos sos el mayor y quedate quieto, carajo. Le gusta cuando tenemos los zapatos limpios, pues qué nenes más lindos, mis nenes. No le gusta nada cuando le decimos que nos faltan zapatos. Le gusta cuando mamá cocina. No le gusta mucho cuando mamá habla.

Hace mucho que mamá no habla. Yo digo que su lengua se le quedó en el patio. Las manos de papá tienen fuerza. En China eso no va a ser problema. Allá nadie habla castellano y les gustan mucho las mujeres calladas. Ya va a ver cómo le ponen vestidos que se arrastran y joyas. ¡Y los palacios! Los palacios le van a encantar, con jardines llenísimos de rosas.

Eso sí, tenemos que aprender chino, el idioma más difícil del mundo. Pero para eso contamos con el dragón. Él cuenta tantas cosas y quiere tanto volver a su casa. Cuenta que durante el Año Nuevo chino, se encienden las calles con faroles rojos y viene un monstruo más grande que él que se asusta con las bombas. Cuenta que se sueltan faroles al cielo y que se piden deseos mientras los ven alejarse como estrellas. A veces se nos hace que escuchamos las bombas de Año Nuevo, y en esos momentos se nos renuevan las ganas de cavar.

Leo me pregunta cuántas millas faltan. Yo no sé cuántos kilómetros tiene una milla y sé que él tampoco, pero le digo que cincuenta y él se pone contento con un número tan redondo, tan lindo como cincuenta. Yo no me preocupo más por la distancia, porque al fin y al cabo ya pasamos del centro de la Tierra, y esa es la parte más difícil.

## MENCIÓN DE HONOR · CATEGORÍA MAYORES

### **Perder la cabeza**

Noelia Anahí Cuenca Santacruz

Las botas nuevas no habían sido la mejor decisión para encarar una guerrilla. Tantos kilómetros de caminata en medio del monte calzando botas sin uso podrían causar la amputación de sus pies. Tal fue la exhortación del hermano mayor que tenía experiencia en incursiones castrenses. Entonces, tuvo que usarlas hasta para dormir durante casi diez días, para ablandar el cuero.

Martín era tan cuidado en su figura, que ni en el más hostil de los escenarios estaba dispuesto a relegar su característica pulcritud. Todo en él era estilizado y suave, su rostro, su cabellera caoba, el tono de su voz, el ritmo de su andar... Solo sus enormes ojos color café eran recios casi hasta la rigidez, cual referencia natural de la agudeza de sus pensamientos estimulados al extremo por una insaciable voracidad lectora. De hecho, esta condición había derivado en su designación como responsable de educación de la columna insurgente.

Acorde a los objetivos revolucionarios, parte esencial del entrenamiento era la formación intelectual de los guerrilleros en diversas áreas de la acción humana, desde la filosofía de Heráclito y Marx, pasando por la poesía prohibida de sus contemporáneos, Elvio Romero y Carmen Soler, hasta cuestiones más prácticas como las propiedades medicinales de hierbas nativas publicadas por Bertoni a comienzos de siglo, o las tácticas de guerra del héroe vietnamita Võ Nguyên Giáp desarrolladas en su reciente campaña militar. Similar diversidad de quehaceres vitales definía la conformación de la columna Ytororó, integrada en su mayoría por jóvenes que llegaban

desde tierra adentro y desde el exilio, unidos en la profunda convicción de que había que derrocar la dictadura infame y de que no había otra forma de hacerlo que por la fuerza. En su caso, cuando decidió enlistarse estudiaba Ciencias Económicas en la Universidad de Buenos Aires, alojado en las franjas alledañas, en una habitación prestada escasamente amoblada, típica de un veinteañero exiliado por las convicciones políticas de su familia, que había perdido todo por ello.

A comienzos de junio de 1960, la columna de Martín cruzó por agua la frontera y en menos de diez horas se encontró en medio de los montes frondosos que prosperaban con sus matas abrazando las cordilleras paraguayas. En pocas semanas, a la par que otras dos columnas dispersas en la zona, ya corrían relatos de los asesinatos, las torturas y las salvajes mutilaciones que habían sellado el destino final de quienes habían caído en desgracia.

Durante el día, el sol quemaba la piel ya tostada de los rebeldes y el hambre comenzaba a hacer lo mismo con el estómago. Pero al caer de cada noche, hasta las estrellas muertas temblaban conmovidas por los acordes de Martín, que había llevado una guitarra al combate, logrando así aplacar el miedo y la melancolía en los corazones de sus camaradas, quienes durante ese breve momento evocaban amores fijando la mirada en la luna morena que pintaba con su luz trasparente la silueta de todas las cosas alrededor. Con el pasar de las semanas, la guitarra se volvió un arma de primera necesidad ante la desolación que crecía a medida que el enemigo avanzaba, muy superior en condiciones materiales y con una brutalidad implacable.

Durante poco más de un mes, la columna resistió la embestida de la contrainsurgencia, hasta ser aniquilada. Martín fue capturado el 13 de julio, atado a un árbol y torturado hasta morir. Su tenaz resistencia

martirizó a los verdugos, que por ello se ensañaron con él acabándolo a garrotazos. Ya muerto, lo decapitaron. Sus grandes ojos abiertos atemorizaban hasta el insomnio a los soldados que habían decidido recuperar el cadáver.

En el tiempo inmediato de la desgracia, el cadete que había dado el hachazo final padeció una extraña fiebre que lo hizo delirar a los gritos, repitiendo una y otra vez frases inconexas que se quejaban de unos grandes ojos que no lo dejaban en paz. Cuando el desvarío empezó a desequilibrar al resto del pelotón, la comandancia decidió aislar al enfermo. Pero la decisión había llegado tarde. El veneno insurrecto ya se había esparcido.

Durante su última madrugada en el campamento, escabulléndose con destreza animal, el trastornado cadete había llegado hasta el aposento del coronel, y para el amanecer había desaparecido sin dejar más rastro que su machetillo a la entrada de la carpa. Adentro, había quedado el cuerpo inerte y desangrado. Afuera, al pie del mismo árbol en el que habían asesinado a Martín, yacía otra cabeza, la del comandante del regimiento que defendía al dictador, invertida en la tierra y con los ojos cerrados. Sus labios secos se habían endurecido en una última mueca estéril, incapaz de generar nada más que asco.

## PRIMER PREMIO · CATEGORÍA MENORES

### **Invierno**

Gissel Buenaventura Olmedo Meaurio

Era un frío día de invierno. El viento soplaba fuertemente, las bajas temperaturas inundaban los lugares, el sol apenas calentaba por más que se lo viera. Una de las estaciones favoritas, pero para otros era solo una etapa de supervivencia en las calles.

Justamente en esos tiempos, un gato callejero caminaba por las calles buscando algo de comer o al menos donde dormir. Los días de lluvia eran los peores. Por desgracia, eran los más comunes últimamente. El gato luchaba día a día contra todo tipo de dificultades, frío, hambre, maltrato de las personas y falta de atención veterinaria.

Se había vuelto normal ver a gatos por las calles, sobre todo hembras dejadas a su suerte apenas nacieron o abandonadas por sus dueños cuando ya eran mayores.

El gato callejero caminó y caminó hasta que encontró algo de comida en un basurero cerca de un restaurante. En ese lugar también se encontró con una persona en la misma situación, un vagabundo que trataba de conseguir sobras. El hombre le dio algo de lo que encontró en la basura y luego se marchó, no sin antes acariciarlo y deseárselo suerte.

Ese gesto hizo que el gato confiara en las personas. Al caminar más por la ciudad, vio a personas con mascotas, bastante amables con ellas, y quiso tener un dueño que lo amara y cuidara también. Caminó lo suficiente hasta que tuvo sed. Se detuvo ante una casa y se acercó a una señora mayor que colocaba bolsas en un basurero. Ella

lo vio y lo espantó rápidamente. Él no entendió lo que trataba de decirle hasta que la anciana le tiró un jarrón de agua fría.

Confundido, corrió rápidamente, lejos de ese lugar. Después, hambriento y con mucho frío, ya casi altas horas de la tarde, se encontró con otra persona, el dueño de un perro grande y fuerte pero juguetón. Ambos estaban paseando en un parque, hasta que el perro lo vio y corrió hacia él para jugar. Asustado, el gato corrió lo más rápido que pudo para poder escapar, pero debido a la sed, el hambre, el cansancio y el frío que tenía su paso no era nada veloz. El perro lo atrapó y jugó bruscamente con él, hiriéndolo en el estómago y en una de las patas delanteras.

El gato también hirió al perro con un arañazo en la nariz tan fuerte que terminó sangrando. El dueño intervino para recoger al perro, calmarlo y mirarle la herida. El gato, muchísimo más herido, creyó que también lo ayudaría a él, pero solo se llevó al perro.

Herido, apenas podía arrastrarse dejando un pequeño rastro de sangre. Pudo llegar a una caja de cartón con dificultad. Estaba húmeda pero eso no le importó. Entró en busca de que el frío se aplacara, de que el dolor disminuyera y de que el hambre se contuviera.

Al día siguiente llegaron algunos recolectores de basura. Uno de ellos tiró la caja al camión, sin darse cuenta de que adentro estaba el gato, agonizante.

Entonces, el gato pensó en el trato que le habían dado en su corto lapso de vida y en cómo había visto a ciertas personas tratar a otros animales. Cerró los ojos, deseando recibir ese afecto.

Cuando los abrió de nuevo, vio una luz tenue y el dolor había desaparecido al fin.

## SEGUNDO PREMIO · CATEGORÍA MENORES

### **Sueño sobre el puente**

Rodrigo Javier Centurión Vega

Siempre tuve ganas de conocer los vestigios del ferrocarril. Cuentan que hasta no hace mucho tiempo, el progreso de las poblaciones del interior del país llegaba gracias a las estaciones del tren. Abuela recuerda cuando llegaba el tren al pueblo donde vivía, en especial si era el internacional. Era toda una fiesta, con vendedores por doquier, sin que faltara el chipá pirayú, y de gente que quería irse. Augusto contó la historia de Nonato, quien llegaba hasta el puente para oír pasar el retumbo del tren, la cabeza bajo el agua, respirando por una cañita, abrazado al pilote, para sentir en los dientes el tiritar del ruido. Don Viera, en Caballero pueblo, recordaba cuando había ido de la mano de Emiliano a Asunción. Grande fue el susto que le provocó cuando vio a un animal acercarse y hacer temblar la estación. De la desesperación corrió a refugiarse detrás de un frondoso árbol. Tantas historias todavía traen a la memoria los restos de este antiguo medio de transporte, que nos hacen rememorar los tiempos en donde la vida tenía simpleza y belleza a la vez, comparable al azahar de los naranjos, al calor de la leña, al murmullo de un cansino río.

Sin esperararlo, un día esas ganas de conocerlo se volvería realidad. En un viaje rumbo a Villarrica, mi padre desvió del itinerario que teníamos y llegamos a la estación de Salitre Kué. Por su ubicación estratégica, se encontraba semioculta del resto de la población, sumido en el letargo y el olvido. El progreso de los pueblos aledaños hizo caso omiso de ese lugar, no así el silencioso y lento despojo que ha-

cía la naturaleza de las creaciones del hombre, como si de una lenta venganza negociada se tratara, entre tiempo y naturaleza.

El camino de pronto se vio interrumpido por el río Tevikuary, deslumbrando el paisaje con su tonalidad verdosa, dando paso al viejo puente de hierro, que yacía muerto, por la pérdida de todo significado que tuviera para las nuevas generaciones, pues a la gente no le importaba nada, mucho menos lo que había pasado hacía mucho tiempo, ni lo que pasaba ahora y lo que podría pasar. Inutilizado, acumulando oxido, parecía escuchar la corriente bajo su esqueleto.

En el fondo del todo, se veía la estación propiamente dicha, con un pequeño corredor, en lo que antaño había sido el espacio donde la gente se amontonaba como pollitos bajo las alas de su madre. Hoy reinaba la desolación y el silencio, de tanto en tanto rota por el canto de un solitario pájaro en la copa de un añejo guayaivi. Todo iba quedando sin aliento por malezas y árboles que lo ahogaban. No muy lejos, se levantaba el antiguo almacén, custodiado por tres perros famélicos que ladraban al unísono ante la presencia de los visitantes desconocidos que éramos nosotros. Una gallina *mbatara* se aseaba en la arena mientras un gallo hacía ruido rasgando la tierra en busca de lombrices. Entre el barullo que cortaba el silencio de la campiña, de pronto se asomó en una de las puertas una pequeña niña *pynandi*, con cabellos de sol, rostro ceniciento, ropa desteñida y rotosa, observando todo con una inocencia inquietante que le impedía ir más allá del deseo nato de la curiosidad. Todo eso nos dejaba con el panorama desconcertante de cómo el tiempo podía corroer hasta la pintura más fuerte y pudrir la madera que alguna vez simbolizaba el progreso.

El viento frío del sudeste guio mis pasos y me llevaron a cruzar el verde descampado hasta tropezar con las vías del tren, por donde en

su cansino paso las máquinas habían escupido el *tatapiriri*. Hoy, fierros viejos de color café putrefacto, tragados de a poco por la tierra, de la que por puro porfiados brotaban pequeñas flores blancas que emanaban olor a maternidad silvestre, para así aplacar el aroma a desolación de este pedazo de tierra.

Antes de partir, miré desde lo alto de la barranca y me di cuenta de que ya no era posible ver pasar a los carpincheros, erguidos, con el torso de cobre desnudo, impulsando el cachiveo con largas tacuarras. En la orilla, unas mariposas se posaban en el banco de arena como sorbiendo el néctar de lo poco que quedaba, moviendo las alas al compás del viento. Mientras cerraba los ojos por un momento, una de ellas se levantó y revoloteó sobre mi cabeza como si llevara mis sueños. Con las alas extendidas, sobre el fierro cruzó el río, como un ojo del pasado que lo veía todo, llevando sueños para que los mismos se vuelvan realidad alguna vez. Abrí los ojos, la mariposa de hermosos ojos en las alas, nos miraba desde el *Ykua Pytã*, sorbiendo la surgente y moviendo las alas para que no se acabase la poesía en el mundo. Llegábamos a destino juntos.

## TERCER PREMIO · CATEGORÍA MENORES

### **Rebeka**

Mahia Renata González Roman

No espero que muchos creen la historia que estoy por relatar, pues la estoy escribiendo ya estando muerto. Exactamente: muerto.

Todo se dio lugar hace aproximadamente tres meses, cuando mi madre y yo nos habíamos mudado de ciudad. El barrio en el que habíamos vivido era mediocre y ruin, con calles que no parecían pronunciar más que el lóbrego de los rostros de sus habitantes, incluyendo a mi madre y a mí, pues ninguno era feliz.

Creí que no alcanzaría nunca un estado dicha sincera, pues desde que tuve conciencia no viví un solo día de felicidad. No obstante, puedo afirmar con seguridad que al evocar el día en que la conocí, nunca me había sentido tan sosegado como entonces.

Rebeka era una chica un año menor que yo. En vida, llegué a contar hasta dieciséis años. Su pelo liso y escaso, azabache negro y brillante. Recuerdo sus ojos, como dos obsidianas profundas, un abismo difícil de escapar. La conocí en un parque cercano al edificio en donde vivíamos mi madre y yo, en un tiempo invernal bastante gélido.

Era el parque más horrendo e inhabitado que vi en mi vida. Los juegos para niños estaban rotos y oxidados, y había tres árboles. El frío invierno dejaba mucho qué desear, pues los días eran de nubes grisáceas y espesas, una monotonía infernal. No esperaba la aparición de esa muchacha en mi vida. Mentiría si dijera que recuerdo nuestra primera interacción, justificando así que al principio Rebeka no llamó en lo absoluto mi atención. Pero sí recuerdo que hablaba

con ella todos los días. Compartíamos intereses, por lo que la conversación nunca faltaba.

Yo era un amante de las novelas ligeras japonesas, al igual que ella. Iba a leer todas las tardes al parque. Quizás una de esas veces Rebeke se acercó a mí diciendo que conocía el libro que estaba leyendo. Su color favorito era el azul y anhelaba conocer el mar, pero jamás podría conocerlo, dijo, porque estaba muy enferma. Su piel lívida y blanquecina, muy delgada, sus expresiones limitadas y fúnebres. Ella lo atribuía a la enfermedad. Pero su tacto era suave y su voz melodiosa.

Me enamoré de ella. Nos hicimos novios en un mes. Me da vergüenza admitirlo. A causa de eso fui vulnerable. Antes no había tenido ninguna interacción con mujeres, o al menos no en el sentido tonto en el que piensan los adolescentes. No tenía amigos. No tenía habilidades sociales. Creía que no podría seguir una conversación más de dos minutos o diez palabras.

Para resumir mi existencia antes de Rebeke, empecemos con que mi padre era alcohólico. Nos abandonó cuando yo tenía siete años. Él solía golpearnos. No fue solo una vez en la que escuché decir a mi mamá que yo había sido un error. La razón por la que su vida era un infierno. Así que han de poder imaginar que cuando él se marchó eso no significó la apertura de las puertas del cielo, sino el sendero del limbo que se empezaría a trazar para mis días.

Al mes de la partida de mi padre, sin fuentes de ingresos, madre empezó a ofrecer servicios obscenos. Aunque de una manera selectiva, no como las prostitutas del barrio que conocíamos. A partir de ahí, hubo hombres que venían a nuestro hogar como inquilinos, señores de negocio que venían a la ciudad por trabajo.

En mi bóveda memorial aún quedan los ruidos vulgares de la piel chocando entre sí. La imagen de mi madre destruida y de su propio descuido mental. La primera vez que tomó drogas y los repetitivos momentos de su embriaguez. Sus palabras dirigidas a mí que demostraban todavía más lo insuficiente que era para hacerla feliz.

Uno de los libros que había leído decía que era imposible odiar a nuestras madres. Sin importar lo que ellas dijiesen o hiciesen, las íbamos a amar de igual manera. Pues era mentira, porque yo la repudiaba como no lo hacía con nadie más. Por la forma en la que me despreciaba y humillaba, y por cómo sobreponía su cuerpo y a esos hombres por encima de mí.

La llegada al verdadero limbo se dio cuando nos mudamos.

Ahora, a estos inquilinos yo les debía servir. No era solamente mi madre quien me humillaba, sino también sus clientes. Debía lavar sus ropas y hacerles el desayuno, el almuerzo y la cena. Si no era del agrado de ellos, me lanzaban la comida al rostro. Pero esto no era lo que despertaba el enojo en mí, sino las risas de mi madre y de esos hombres. Antes ella me había permitido ir por lo menos al colegio. Hasta ese derecho me negó. No había momento en el día en el que no pensara en la llegada de la tarde para ir a ver a Rebeka.

Ella significaba la revolución de mis emociones. Para mí, era el templo, el lugar al que iba venerar y del que salía perdido y desorientado. La alineación de los planetas y la invención de un nuevo color. Tan perfecta como las estrellas primaverales y el aroma húmedo de mayo.

Éramos tal para cual, igual de arruinados, perdidos en el vacío, en el inconmensurable cambio que debíamos afrontar. Hasta que un día, en el segundo mes de la relación:

—Alejandro, pienso que deberíamos terminar.

—¿Por qué decís eso?

—Vos no sabés lo que para mí significa no poder verte en otro momento que no sean las tardes, solo porque tenés que servir a tu mamá.

Estaba exaltado. La agarré con fuerza de sus hombros. Sus ojos me penetraron. No había rastros de expresión. La voz con la que pronunciaba sus filosas palabras me purgaban a una velocidad increíble.

—Sabés bien que no hago eso porque quiero. Si me rebelara contra ella, ni siquiera me tendría permitido salir por las tardes para verte.

—Parece que ponés a tu mamá sobre mí. Además, mis papás ya no quieren que salga por las tardes con este clima. Dicen que me enfermo más.

—¿Y qué puedo hacer entonces?

—Regalame tu alma. Dame la pureza de tu corazón mientras siga existiendo.

Después de decir eso se fue.

Al siguiente día, volví al parque y ella no estaba. Mi templo había desaparecido.

Así pasaron largas semanas, cuando mi agonía se extendió al punto de caer en la completa desesperación. Jamás me había sentido más querido ni importante que durante las tardes con Rebeka. Los pensamientos sobre ella me embriagaron. Ya no diferenciada el dolor verdadero de la falsa interpretación de una agonía que parecía no acabar. ¿Por qué dependía tanto de ella? ¿En qué momento se instaló en mi corazón con tal fuerza que me era imposible reemplazar su calidez con el hueco que siempre había tenido en mi vida?

La luna oscilaba en el firmamento cuando mi madre llegó a la casa e ignorando mi presencia fue a la cocina. No contaba con mi entera conciencia, de eso estoy seguro ahora en espíritu. Eran las doce de la noche. Había un cuchillo cerca, ella estaba de espaldas. La rabia me invadió y en medio de ese iracundo episodio hundí el cuchillo en su pecho.

El líquido carmesí se desbordó rápidamente. Ella no gritó. Cayó al suelo y vi cómo iba quedando sin respiración. Su rostro estaba horrorizado. Aún así no me sentí satisfecho y clavé el cuchillo en sus manos, las que nunca pudieron darme amor, en los brazos que nunca me abrazaron, en las piernas con las que tentaba a los hombres, en el vientre donde me tuvo y en su rostro, el mismo que nunca pudo expresarme estima, en los ojos que nunca me miraron y en la boca que nunca me sonrió, la que nunca pudo decirme te quiero.

Yo no paraba de llorar mientras la sangre me salpicaba por cada puñalada que daba. Ella, en medio de la ebriedad, solía decir lo mucho que deseaba estar muerta. Una vez le pregunté por qué no se suicidaba. Dijo que las almas que se suicidan no iban al cielo, sino que permanecían en este mundo por siempre, que ese era su castigo. Así que ella prefería sufrir viva.

Mi madre estaba muerta, pero yo me había condenado, pues aunque no creía en ningún dios, mi corazón ya no tenía la pureza que Rebeke deseaba. Cuando ese pensamiento cruzó mi mente, ella apareció. Pensé que era delirio, pues.. ¿cómo podría haber entrado en casa?

—Lo hiciste bien, Alejandro.

Me atemoriqué tanto que tuve que taparme el rostro para no gritar. Podía oler la sangre. Observé a Rebeke y luego volví al desfigurado cuerpo de mi madre. Ya no distinguía lo real de lo irreal.

—Vos no sos real. Estoy seguro.

—¿Y vos sí, Alejandro?

Callé.

—Pero tenés razón. No soy real. Nunca lo fui. Soy un invento de tu cabeza. Esto es lo que vos siempre quisiste. Siempre me había preguntado si no querías verte libre de ese dolor. Sabía que un día tu ego te lo haría saber.

—Estás mintiendo. No sos real. No sos la Rebeke que conozco.

—Nunca me conociste realmente. Ahora este recuerdo te perseguirá hasta que mueras.

Estaba desesperado y no paraba de temblar. También sentía enojo. ¿Qué había hecho?

La fría brisa nocturna se filtró por una de las ventanas. El frío me provocó espasmos.

Estaba cansado de sufrir. ¿Por qué existe el dolor? ¿Por qué existe el mal? Era por el simple hecho de ser humanos. Era nuestra naturaleza. Las reglas que la entidad nos impone son en contra de nuestros instintos. Por eso no podemos cumplirlas. El olor de los cigarrillos a mí no me gustaba, pero era lo que hacía consciente a mi madre de que podía seguir respirando. Si de todas formas existiera Rebeke, no me amaría más, pues había perdido la pureza de mi alma.

Mi cuerpo se despedazó al caer del décimo piso. Ya vuelto un espíritu, lo entendí. Mi alma vagaría por siempre entre los escombros del mundo.

Luego volví a ver a Rebeke, ya con una nueva víctima.

## JURADOS

### **Sebastian Ocampos**

Asunción, 1984. Es escritor, editor, maestro y hacedor cultural. Autor de los libros *Poliedro*, ganador del segundo premio del Certamen Literario Fundación El Libro 2023, y *Espontaneidad*, mención de honor en el Premio Academia Paraguaya de la Lengua 2015, reeditado en 2021 y traducido al inglés. Antólogo de *Paraguay cuenta. Cinco siglos en cuarenta ficciones* (2019) y *Poemas europeos* en castellano, guaraní, toba qom y manjui (2021). Director fundador de Proyecto Y (RevistaY.com, editorial, club de lectura, taller de escritura). Coordinador general del Foro Internacional del Libro de Asunción 2018. En 2017 fue seleccionado como uno de los veintitrés escritores jóvenes de América para el ProyectoArraigo.com. Desde 2012 es jurado de concursos literarios nacionales y regionales.

### **Pura Cuyer Gómez**

Paso Yovái, Guairá, en 1985. Es docente y escritora. Licenciada en Educación; profesora de Ciencias Sociales, Guaraní y Educación Bilingüe; especialista en Gestión Curricular y Asesoramiento Pedagógico. Ejerce la docencia de manera ininterrumpida desde 2006, distinguida con el premio a la excelencia docente «Profesora Adela Speratti y Profesor Ramón Indalecio Cardozo» en 2015. Escribió sus primeros versos en la adolescencia. Sus poemas forman parte de *El tesoro oculto de pluma guaraní* (2022) y *Cascadas de pluma guaraní* (2023). Obtuvo en tercer lugar en el Concurso Surgente de Cuentos, edición 2023. Es parte de la Red de Gestores de Lectura del Guairá.

## **José Bueno Villafañe**

Asunción, 1987. Es abogado de profesión (Universidad Nacional de Asunción, UNA), politólogo de maestría (UNA, tesis en proceso) y narrador inédito (libro en proceso). Subeditor de *Revista Y*. Autor de artículos, relatos y reseñas publicados en diversos medios y libros nacionales y regionales. Colaborador del periódico *El Independiente* (2015-2016). En 2023, participó como invitado en el Foro Internacional por el Fomento del Libro y la Lectura, en Resistencia, Argentina, y en el Festival de Literatura Latinoamericana Desmadres, en Buenos Aires. Por tercer año consecutivo, es jurado del Concurso Surgente de Cuentos, organizado por Coopeduc Ltda.